**Viernes II de Adviento  
(San Juan Diego)**

9 de diciembre de 2022

Is 48, 17-19  
Sal 1  
Mt 11, 16-19

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Desde siempre el recuerdo del éxodo había sido para Israel el recuerdo fundamental. La salida de Egipto es el acontecimiento al que debe Israel su existencia como pueblo, o como pueblo salvado, como pueblo del Señor. Sin cesar, los textos bíblicos (tanto la ley como los profetas) se refieren a él. Y el destierro, en el que se encuentra este Isaías, da a este recuerdo una nueva actualidad: si el Señor supo entonces arrancar a su pueblo de la opresión egipcia, ¿no sabrá hoy arrancarle del mismo modo de la opresión babilónica? No es extraño, pues, que aparezcan desde el principio en este Isaías ciertas imágenes parecidas a las del éxodo: *En el desierto abrid camino a Yahvé*…, que hemos estado escuchando en días pasados.

En el primer éxodo, el Señor fue el único actor del grandioso drama. Y ¿qué es lo que promete para mañana? ¿Sacará a relucir de nuevo algo de sus antiguos hechos? Nuestro profeta supera con mucho esta hipótesis. En efecto: el profeta les está haciendo ver en qué se han convertido por no seguir a Yahvé

« *…tu bienestar sería como un río, tu justicia como las olas del mar; tu descendencia como la arena, como sus granos, el fruto de tus entrañas; tu nombre no habría sido aniquilado, ni eliminado de mi presencia"….»*

Es decir, que de manera, digamos, inversa les está anunciado lo que serán cuando escuchen la Palabra de Yahvé: serán como un gran río más caudaloso que el Nilo de Egipto, como el inmenso mar más inmenso que aquel por el que pasaron al escapar del Faraón; la descendencia (que para un israelita es el signo máximo de la bendición de Dios) no tendrá límites, pues las arenas del desierto son infinitas. Imágenes todas sacadas de aquella experiencia liberadora que les definió como pueblo. El pueblo ahora recobrará su identidad delante de Dios, la identidad que le define: ser imagen de su creador. Dejará de ser un alienado; dejará de ser lo que en realidad no es.

Esto quiere decir que lo más maravilloso no está en ese pasado que Israel ha considerado siempre como inolvidable, sino en el futuro. No sólo habrá un nuevo éxodo, sino que será tan maravilloso que se olvidará el antiguo. El Señor es siempre creador[[1]](#footnote-1).

Y ahí se sitúa la iluminación que Isaías proyecta sobre cada uno de nosotros. En ese desierto de nuestra Babilonia personal, en el que hemos perdido nuestra identidad, en donde vivimos sumidos en un mundo que nos aliena, Dios ***ha excavado un pozo para llenarlo con Agua viva***, ha creado los presupuestos para darse[[2]](#footnote-2).

En el evangelio se nos pone en alerta contra una actitud que puede dejarnos agazapados en el Adviento. Jesús propone la parábola de unos niños que quieren jugar a bodas y otros a entierro, y no logran ponerse de acuerdo[[3]](#footnote-3). El momento actual de Jesús es un momento de alegría y fiesta, no ya de lamentaciones y ayuno[[4]](#footnote-4). Se nos presenta el juego frustrado como punto de comparación. Cuando no se está de acuerdo, no se puede jugar. El *quid* es «el juego reventado»; es decir, Jesús nos está advirtiendo contra la actitud de no aprovechar el tiempo de Dios, la acción que Él está desarrollando en cada uno de nosotros. Se nos advierte contra la terquedad caprichosa de nunca querer lo que se nos ofrece. La de querer todo sin sujetarnos a nada. Es decir, Jesús nos está diciendo: con vuestra contradicción estáis manifestando que, en el fondo, no queréis nada.[[5]](#footnote-5)

Es necesario, pues, vivir este tiempo como una oportunidad para la alegría ya que es tiempo de bodas durante el cual no podemos estar tristes. Es el tiempo del vino nuevo que hace saltar por los aires los odres viejos; es el tiempo de las mieses abundantes…Ahí está esperando el pastor que viene en busca de la ovejas perdidas, a fin de agrupar al rebaño disperso. Ahí está el médico que viene a curar a los enfermos, el dueño de la casa que reúne a los suyos, el valiente que entra en casa del fuerte y arrebata el botón[[6]](#footnote-6).

Lo que Jesús quiere es llamar nuestra atención con estas comparaciones, y, además, que no nos suceda como le pasó a aquella su generación: que «reventó el juego». Sacudir nuestra inercia, encender nuestro corazón.

1. Cfr. Claude Wiéner, *El segundo Isaías*. Ed. Verbo divino. Estella 1980 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. J. Mario Faraone, *La inhabitación trinitaria según san Juan de la Cruz*. Ed. Pontificia Università Gregoriana. Roma, 2002 [↑](#footnote-ref-2)
3. Naturalmente, Jesús es el que “juega a bodas” y Juan el Bautista “el que juega a entierro”. Jesús está proponiendo la comparación entre Juan y él, pero la gente no elige ni una cosa ni otra. El Bautista era para la gente demasiado severo, excesivamente ascético, y Jesús demasiado mundano que ni siquiera respeta las fronteras entre justos y pecadores. Son, pues, dos extremos de los que hay que cuidarse. Espero que se entienda lo que aquí estoy diciendo: no se trata de contraponer a Juan el Bautista con Jesús, como si tuviéramos que elegir entre «pesimismo de Juan» y «el optimismo de Jesús», ya que el primero fue el mensajero de Dios en el tiempo de la preparación, y Jesús es el portador del tiempo de la alegría. Los dos están unidos por su misión y su destino. (Cfr. Günter Bornkamm. *Jesús de Nazaret*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1975) [↑](#footnote-ref-3)
4. Cfr. John Crossan. *Jesús: vida de un campesino judío*. Ed. CRÍTICA. Barcelona, 1994 [↑](#footnote-ref-4)
5. Cfr. Ulrich Luz *El Evangelio de San Mateo, II*. Ed Sígueme. Salamanca 2001. [↑](#footnote-ref-5)
6. Cfr. Xavier Léon-Dufour. *Los Evangelios y la historia de Jesús*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982 [↑](#footnote-ref-6)